

Meditación 8: Después de la muerte, el Juicio particular (Heb 9,27), luego el universal: leer Mt 25,31-46, donde se ve que seremos juzgados acerca del amor que hayamos puesto o que hayamos dejado de poner en nuestras acciones.

Ante la relativa lejanía de la muerte podemos pensar que “largo me lo fiáis”, pero «Él está cerca» (Mc 13,29). Es fácil caer en la trampa de la autojustificación, del relativismo o del “yo no lo veo así”... Se piensa 1) en un proceso sociológico en que el error supuesto se expande. 2) eso es imparable, hay que tomar las cosas como vienen, se olvida aquel “te basta mi gracia”, y se dice “no puedo hacer más”, pero “¿no será que no puedes hacer menos?” 3) se alude a algunos de los charlatanes, de la nueva moral de moda, para justificarlo. 4) se proclama la liberación, aquello es bueno, destruyamos la coacción... “mi memoria me dice que yo he hecho esto; / mi orgullo me dice que no puedo haberlo hecho. / Calla la memoria y se da la razón al orgullo” (Nietzsche).

La Iglesia anuncia que tenemos un salvador, Cristo, el Señor. ¡Menos miedos y más coherencia en nuestro actuar con lo que creemos! «Cuando lleguemos a la presencia de Dios, se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia, Todo lo demás no tiene valor» (Card. J.H. Newman). La Iglesia no sólo nos enseña una forma de morir, sino una de forma de vivir para poder resucitar. Porque lo que predica no es su mensaje, sino el de Aquél cuya palabra es fuente de vida. Sólo desde esta esperanza afrontaremos con serenidad el juicio de Dios.

El cardenal Newman expresó bien que estamos obligados a seguir la voz de la conciencia, árbitro y juez de nuestras acciones. Pero la necesidad moral de obrar en conciencia no puede obviar la obligación de formar debidamente esa conciencia para que se adecue en sus actos propios –los juicios- a los principios objetivos de la ley moral natural. Porque ciertamente cabe que la conciencia se deforme con la autojustificación de la propia conducta, cuando ésta no responde a los principios éticos.

Por tanto, aunque sea cierto que “lo importante es lo que uno piensa en conciencia”, no lo es menos que sin una conciencia debidamente formada y atendida en sus juicios a esos principios morales universales, no cabe un comportamiento verdaderamente ético. El deber de seguir la voz de la conciencia no exime ni se contrapone al deber de formarla debidamente, es decir, de acuerdo con lo verdadero.

Sin ponernos dramáticos pero un curso de retiro es como morirnos, pasar por el juicio y ¡volver a empezar! Dicen que los que están a punto de morir sufren una extraña experiencia: Toda la vida pasa en minutos, con claridad. San Pablo nos lo dice con claridad: Está establecido que todos los hombres tienen que morir y después de la muerte el Juicio. Como la muerte, tampoco tememos el juicio. El verdadero cristiano está siempre dispuesto a comparecer ante Dios. Porque, en cada instante -si lucha por vivir como hombre de Cristo-, se encuentra preparado para cumplir su deber (Surco, 875).

1. Tendremos un juicio particular inmediatamente después de la muerte. Un primer juicio personal. Veremos tal como ha sido nuestra vida. Cada uno delante de Jesús, delante de la Verdad, con nuestra propia conciencia y según lo que se le ha otorgado.

Decía uno que viajaba mucho, a un amigo que le acompañaba en sus viajes por países, al preguntarle: “¿te da miedo el país donde vas a ir ahora?” y le contestó, bromista. “-el país, no: lo que me preocupa es la aduana”.

«La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo (cf 2 Tm 1, 9-10; Medit. 4, 715). El Nuevo Testamento habla del juicio principalmente en la perspectiva del encuentro final con Cristo en su segunda venida; pero también asegura reiteradamente la existencia de la retribución inmediata después de la muerte de cada uno como consecuencia de sus

obras y de su fe. La parábola del pobre Lázaro (cf Lc 16, 22) y la palabra de Cristo en la Cruz al buen ladrón (cf Lc 23, 43), así como otros textos del Nuevo Testamento (cf 2 Co 5, 8; Flp 1, 23 -“tengo deseos de levar anclas, partir”-: Hebr 6, 18-19; Hb 9, 27; 12, 23) hablan de un último destino del alma (cf Mt 16, 26 -de qué sirve tener todo el mundo si pierde su alma-) que puede ser diferente para unos y para otros» (Catecismo 1021).

Se puede leer la parábola de las vírgenes necias y prudentes (Mt 25, 1-13). «Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación (cf Cc. de Lyon: DS 857-858; Cc. de Florencia: DS 1304-1306; Cc. de Trento: DS 1820), bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo (cf Benedicto XII: DS 1000-1001; Juan XXII: DS 990), bien para condenarse inmediatamente para siempre (cf Benedicto XII: DS 1002). / A la tarde te examinarán en el amor (San Juan de la Cruz, dichos 64)» (Catecismo 1022).

Todos los pensamientos, debilidades internas (que nos ha costado reconocer), palabras (al servicio de la vanidad: «de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio, porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras condenado» (Mt 12,36). “Me hizo gracia que hable usted de la 'cuenta' que le pedirá Nuestro Señor. No, para ustedes no será Juez -en el sentido austero de la palabra- sino simplemente Jesús’. -Esta frase, escrita por un Obispo santo, que ha consolado más de un corazón atribulado, bien puede consolar el tuyo” (Camino 168). “El Ángel Custodio nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. / El será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas —quizá olvidadas por ti mismo—, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo. / Por eso, no olvides nunca a tu Custodio, y ese Príncipe del Cielo no te abandonará ahora, ni en el momento decisivo” (Surco 693). De toda palabra y obra hecha para la gloria de Dios daremos cuenta; cuidar que no haya pecados de omisión (Mt 25,45: “siempre que dejasteis de hacerlo con uno de esos pequeños, conmigo dejasteis de hacerlo”): ante el tribunal de Dios seremos juzgados al morir, para recibir la sentencia definitiva: inmediata, inapelable, eterna; testigos: la conciencia, el ángel custodio: “Redde rationem vindicationis tuae - Dame cuentas de tu administración”... (Lucas 16, 2).

Aunque la vida acaba con la muerte, las consecuencias siguen (ejemplo, acciones, escritos...) en los demás, y de todo ello seremos juzgados. Responsabilidad en la transmisión del Evangelio: “Tremendo se revelará el juicio para los que, sabiendo perfectamente el camino, y habiéndolo enseñado y exigido a los otros, no lo hayan recorrido ellos mismos. / —Dios los juzgará y los condenará con sus propias palabras. (Surco 888); dice Lc 12,47: “recibirá muchos azotes”. “Allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has recogido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has correspondido a las insinuaciones divinas, cómo has reconocido y usado de tantos beneficios” (Fray Luís de Granada, Vida de Jesucristo, juicio).

Una primera idea: darnos cuenta de que hemos recibido mucho: Vida, tiempo, fe y otros no, una familia cristiana y otros no, la vocación con todas las gracias anteriores y posteriores que eso lleva consigo, tantos medios de formación y ayudas personales y buenos ejemplos y ánimos y consejos y avisos. En muchas ocasiones en el Evangelio el Señor nos previene: los talentos, los arrendadores, las minas. Nos da unos talentos y un tiempo y nos dice: negociad mientras vengo, y al final nos dirá: dame cuenta de tu

administración. En nuestro examen tenemos que ver con los ojos de Cristo. Es decir, poner el listón muy alto. No nos comparemos con los demás sino según lo que verdaderamente, en conciencia, hemos podido hacer. Tenemos la responsabilidad de ser muy santos porque podemos ser muy santos.

Atención a las omisiones. Hay una imagen tradicional que representa el juicio con los dos platillos de una balanza. Nos puede servir. 1º Lo bueno. No lo que yo pienso sino lo que es voluntad de Dios, eso es lo bueno. Si hacemos milagros pero no es eso la voluntad de Dios entonces eso no es bueno. Pasar todas nuestras acciones por la obediencia. 2º. Lo malo. Pero si vivimos cada semana una confesión contrita vamos limpiando ese platillo. 3º. Las omisiones. Importante platillo: lo bueno que no hemos hecho y que podíamos hacer. Sin excusas: Es que...Pensé que...Del reconocimiento de esta responsabilidad nuestra vida es corta: ¡Qué más puedo hacer! No nos preocupemos que no nos moriremos.

Para esto, sinceridad plena y total. Aparecerá toda nuestra vida. A Dios no se le engaña. El Señor todo lo ve, todo lo oye. No hay secreto que quede oculto. Sinceridad con Dios, con nosotros mismos, con los demás. El objetivo no es ser impecables sino amar a Dios, llenarnos de amor. Después de cada conversión estamos más cerca de Dios. Iremos al juicio llenos de condecoraciones.

Es importante cuidar el examen de conciencia, como recordaba Don Álvaro del Portillo: al examen hemos de ir a individuar las causas de nuestras acciones y de nuestras omisiones, a descubrir con valentía los motivos y las ocasiones que nos apartan, poco o mucho, de la intimidad con Jesucristo... nos interesa descubrir el origen de estos momentos de malhumor, de aquellas reacciones precipitadas, desabridas, de un trabajo realizado de cualquier manera, de nuestra escasa audacia –pobreza de Amor- en el apostolado, de tal o cual falta de mortificación de los sentidos. En esta lucha diaria hay que tratar de vencer todas las batallas, pues el que pierde la última, ése pierde la guerra. Pero no sabemos cuál va a ser la última pelea, porque nos podemos morir en cualquier momento... No os preocupéis: detrás de la muerte está la Vida y el Amor. Para nosotros, a pesar de nuestras equivocaciones pequeñas o grandes -las mías son grandes-, a pesar de mis pecados, el Señor será Jesús. Nos querrá mucho. No será juez, en el sentido austero de la palabra. Podemos ir tranquilos.

También es bonito considerar los frutos de la confesión: “que sus raíces son amargas, más sus frutos suavísimos. Consiste, pues la virtud principal de la penitencia en restituírnos a la gracia de Dios, y en estrecharnos con él por una suma amistad” (Catecismo de S. Pío V,II,V,18): da paz y serenidad de conciencia grandísima, con suma alegría de espíritu, nada es tan grande que no se borre... la paz que veíamos en el citado don Álvaro era proverbial, me recuerda aquello de S. Juan de la Cruz, comentando el salmo 38, 7: “de verdad vanamente se conturba todo hombre”: “porque claro está que siempre es vano el conturbarse, pues nunca sirve para provecho alguno. Y así, aunque todo se acabe y hunda, y todas las cosas sucedan al revés y adversas, vano es el turbarse; pues por eso antes se dañan más que se remedian. Y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente. De donde conociendo bien Salomón el daño y provecho de esto, dijo (Eccl 3, 12): ‘conocí que no había cosa mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida’. Donde da a entender, que en todos los casos, por adversarios que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar, por no perder el mayor bien que toda la prosperidad, que es la tranquilidad del ánimo y paz en todas las cosas adversas y prósperas, llevándolas todas de una manera” (Subida al monte Carmelo, lib. 3, cap. 6). Lo malo tiene un valor bueno, de rebote, felix culpa!

La historia del hipopótamo que le echaban todo tipo de cosas... y se murió, al hacer la autopsia vieron que dentro tenía de todo... tragaba todo, y no podía manifestar su malestar hasta que reventó... también recuerdo un maestro mío que contaba de dos chicos que fueron a cazar y uno por error dio un tiro al otro, escondieron la herida en la pierna... hasta que era gangrena... “la falta de verdad es como un tumor cerebral, que al mismo tiempo que se infla, obnubila” (S. Gregorio Magno). Si hacemos bien el examen de conciencia, si somos profundamente sinceros, será el juicio nuestro último examen de conciencia. Una historia habla de quien está mirando desde los muros:

-¿Quién soy yo? –preguntó un joven a un anciano.

-Eres lo que piensas –respondió el anciano. –Te lo explico con una historia.

Un día, de los muros de una ciudad hacia poniente se veían en la línea del horizonte dos personas que se abrazaban.

-“Son un padre y una madre”, pensó una niña inocente

-“Son dos amantes”, pensó un hombre de corazón turbio.

-“Son dos amigos que se encuentran después de muchos años”, pensó un hombre solitario.

-“Son dos mercaderes que han cerrado un gran negocio”, pensó un hombre ávido de dinero.

-“Es un padre que abraza el hijo que ha vuelto de la guerra”, pensó una mujer de alma tierna.

-“Es una hija que abraza el padre de retorno de un viaje”, pensó un hombre dolorido por la muerte de su hija.

-“Son dos enamorados”, pensó una chica soñadora de amor.

-“Son dos hombres que luchan hasta la última gota de sangre”, pensó un asesino.

-“Quién sabe porqué se abrazan”, pensó un hombre de corazón seco.

-“Que bonito ver dos personas que se abrazan”, pensó un hombre de Dios.

-Todo pensamiento –concluyó el anciano- revela de ti aquello que eres. Examina frecuentemente tus pensamientos: te pueden decir muchas más cosas sobre ti que cualquier maestro”.

Don Álvaro nos marcaba unas pautas para hacer del examen la lucha para toda la vida: “hacer a conciencia el examen de conciencia”. Del examen particular decía los Ejercicios espirituales de S. Ignacio: “a la mañana luego en levantándose, debe el hombre proponer de guardarse con diligencia de aquel pecado particular o defecto, que se quiere corregir y enmendar. / 2. Mitad del día, demandando cuenta a su ánima de aquella cosa propósito y particular (...) discurriendo de hora en hora o de tiempo en tiempo, comenzando desde la hora en que se levantó hasta el momento presente (y anotar en g = los puntos que se ha cometido el pecado y proponga enmendarse de nuevo). / Hacer el señal de la cruz cada vez cae ponga la mano en el pecho. / Comparar g1 y g2, ver si hay enmienda. Y así de un día a otro, cada semana”.

Procurad siempre que vuestras penas, vuestras preocupaciones, cuando quieran tomar cuerpo, empiecen con una mirada a la Virgen y, con Ella, la decisión de abandonaros en Jesús, para terminar con una sonrisa o una carcajada. Y luego, ¡hablad! porque no podemos llevar la basura en los bolsillos. Cuando se miran las cosas con visión de eternidad, se habla, se obra y se trabaja como se quisieran hacer las cosas a la hora de la muerte. Cuenta S. Alfonso María Ligorio –sus historias son más bien tétricas, pero la idea sirve- de un sacerdote que hizo mucha carrera y luego se perdió. Quien es más benévolo en sus historias es otro santo: Un sacerdote que acaba de obtener un cargo, va a ver a S. Felipe Neri: “¿qué más deseas?”, le pregunta, y él: “una nunciatura, cardenalato, la tiara”, “-¿y qué más?” “-nada más (dice, satisfecho)”: “-¿y tú salvación no la deseas?”, le acabó por preguntar el santo. Y el otro rectificó... Por dentro puede

haber propósitos turbios, puede haber más porquería que la que tenía dentro la Momia de Tutankamón, y no hay que dejar lugar al demonio mudo, es el único enemigo: la verdad libera, el aire limpio quita las cadenas que esclavizan, ayuda a quitar las ocasiones, el trato mejora, vuelve la vibración apostólica, el alma está ágil, fuerte, sin peso. Agradecer el tribunal de la confesión, absolutorio (maravilla de la bondad de Dios). «En este sacramento, el pecador, confiándose al juicio misericordioso de Dios, anticipa en cierta manera el juicio al que será sometido al fin de esta vida terrena. Porque es ahora, en esta vida cuando nos es ofrecida la elección entre la vida y la muerte, y sólo por el camino de la conversión podemos entrar en el Reino del que el pecado grave nos aparta (cf 1 Co 5, 11; Ga 5, 19-21; Ap 22, 15). Convirtiéndose a Cristo por la penitencia y la fe, el pecador pasa de la muerte a la vida "y no incurre en juicio" (Jn 5, 24)» (cat1470). Comentan S. Francisco de Asís (citado por Tissot, en El arte de aprovechar nuestras faltas): "El escorpión que ha picado, es venenoso en su picadura, pero si se convierte en aceite aquel veneno es un medicamento contra la misma herida. El pecado es vergonzoso sólo cuando lo cometemos; pero una vez convertido en confesión y penitencia, es honorable y salvífico" (cf. Eccl 4, 24-25).

Con esto se consigue que "del mismo modo que la sangre viene a la herida... el acto de contrición, el deseo de reencaminarse". Arreglar las faltas de amor con actos de amor, volver a la paz, por la contrición, da salud física.

2. «**Con ocasión de la segunda venida de Cristo**, anunciada por los ángeles (cf Hb 1, 10-11), éstos estarán presentes al servicio del juicio del Señor (cf Mt 13, 41; 25, 31; Lc 12, 8-9)» (Catecismo 333). Y lo más fuerte, la sentencia: Mat 25, 41: "id, malditos, al fuego eterno..." leyendo este juicio vemos que no habla Jesús de ir a Misa o de cumplir unas normas, sino de obras de misericordia; los que se salvan le dicen: "no te hemos visto", él: "cuando lo hacíais con uno de estos... ahí estaba yo": allí está él.

Nada queda oculto a Dios, hasta los más ocultos pensamientos, está más dentro que nosotros mismos. Sinceridad de vida, aconsejaba san Josemaría: ¡Que seáis muy sinceros! Que no os dé vergüenza hablar de vuestras equivocaciones, de vuestras luchas, de vuestras dificultades... Yo también hablo: si no ¿qué sería de mí? El mejor servicio que nos puede hacer la lengua es que digamos todo lo que hay dentro del corazón. Así seremos siempre vencedores. Vivir sin máscaras: nada habrá oculto que no sea manifestado: «saldrá a plena luz lo que está en los escondrijos de las tinieblas y descubrirá las intenciones de los corazones» (1 Cor 4,5). La sinceridad, manifestación de humildad, indispensable: sin decir toda la verdad, se obstaculiza la gracia. Puede llegarse a la deformación de la conciencia; actuar con la conciencia clara: "De acuerdo, has obrado mal por debilidad. —Pero no entiendo cómo no reaccionas con clara conciencia: no puedes hacer cosas malas, y decir —o pensar— que son santas, o que carecen de importancia" (Forja 164): fijaos, convenceos... lo que no era nada acaba en un nudo que ahoga... no caen las almas de golpe... Vivir la coherencia cristiana, con visión sobrenatural, la entrega de la intimidad, en la oración, en la dirección espiritual, es la más alta, después de haber entregado cosas, uno puede entregarse...: apenas abrimos el alma, Dios se vuelca con sus dones. No podemos decir basta, «echar el cerrojo».

Decía S. Josemaría: No esperéis nunca que los hombres os agradezcan vuestro trabajo, no busquéis compensaciones humanas. Trabajad siempre por amor de Jesucristo. Descubrir las faltas de rectitud de intención no nos tiene que llevar a dejar de hacer las cosas sino a rectificar, todas las veces que haga falta. Como no lo hago por amor a Dios no lo hago, pues no, rectifico y adelante. Vivir pensando en el juicio de Dios no en el de los hombres: Timideces, respetos humanos, faltas de fortaleza. Al hacer lo que tenemos que hacer tenemos que reírnos con Dios de lo que pensarán los

demás. Examen: ¿qué me mueve? en el trabajo, en la labor, en los encargos. Sólo es eficaz lo que hagamos cara a Dios.

Entré a ver un sacerdote ya muy mayor, en la unidad de cuidados intensivos del hospital de Manresa. Tenía pocas opciones de reanimarse, estaba inconsciente. Al acercarme, oí que iba repitiendo: "in manus tuas, Domine, comendo spiritum meum"... cuando se restableció, se lo conté y no se acordaba, le hacía gracia. También podemos repetir: "Non nobis Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam".

En el juicio final descubriremos el fruto de nuestra vida de entrega. El fruto desconocido de tu buen ejemplo, de tu mortificación y tu oración. Nada se perdió, hasta el más pequeño acto de amor: aquel rato de sacrificio que te costó tanto y del que ya te has olvidado, aquella tentación que rechazaste por amor, aquella hora de estudio que se te hizo eterna. Nada se perdió.

«La resurrección de todos los muertos, "de los justos y de los pecadores" (Hch 24, 15), precederá al Juicio final. Esta será "la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá "en su gloria acompañado de todos sus ángeles... Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda... E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna" (Mt 25, 31.32.46)» (Catecismo 1038).

«Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf Jn 12, 49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena: / Todo el mal que hacen los malos se registra y ellos no lo saben. El día en que "Dios no se callará" (Sal 50, 3)... Se volverá hacia los malos: "Yo había colocado sobre la tierra, dirá Él, a mis pobrecitos para vosotros. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poseéis nada en Mí" (San Agustín, serm. 18, 4, 4)» (Catecismo 1039). Los medios que hemos recordado -examen de conciencia, sinceridad con Dios, con nosotros mismos, con los demás, la dirección espiritual y confesión...- todo ello adelanta el juicio. Es más, quien no juzga a los demás no será juzgado, al igual que quien perdona a los demás ya está perdonado, según dice también Jesús al explicar el Padrenuestro.

«"Entonces [el demonio] despedido contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos" (Ap 12, 17). Por eso, el Espíritu y la Iglesia oran: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 17.20), ya que su Venida nos librará del Maligno» (Catecismo 2853). El Ángel nos ayudará (cf. Surco 693: cosas buenas, corazonadas, no olvidarle, contarle todo), y nuestra Abogada hablará bien de nosotros: sub tuum praesidium confugimus... ora pro nobis ut digni efficiamur promissionibus Christi.